

**E**n el departamento... pero será mejor no nombrarlo. No hay gente más susceptible que los funcionarios, oficiales, oficinistas y, en general, todos los servidores públicos. En los tiempos que corren, cada particular considera que si se toca a su persona se ofende al conjunto de la sociedad. Corre el rumor de que hace poco un capitán de policía de no sé qué ciudad presentó un informe en el que exponía sin ambages que se estaba perdiendo el respeto a las leyes y que hasta su venerable título se pronunciaba sin ninguna consideración. Y como prueba adjuntaba una voluminosa obra de corte novelesco en la que, cada diez páginas, aparecía un capitán de policía, a veces en un estado de completa embriaguez. En resumidas cuentas, para evitar disgustos, designaremos el departamento en cuestión simplemente como *cierto departamento*. Así pues, *en cierto departamento trabajaba un funcionario*. Era un hombre bastante ordinario, bajo de estatura, algo picado de

viruelas, con una tonalidad de pelo que tiraba a pelirroja, un tanto corto de vista, con pequeñas entradas en la frente, arrugas a lo largo de las mejillas y ese color de cara que recibe el nombre de hemorroidal... ¡Qué se le va a hacer! La culpa la tiene el clima petersburgués. En lo que respecta a su rango (pues entre nosotros se debe empezar siempre por ese particular), era lo que se llama un eterno consejero titular, de los que han hecho befa y escarnio, como es bien sabido, numerosos escritores que tienen la loable costumbre de ensañarse con quienes no pueden defenderse. Se apellidaba Bashmachkin, nombre que, como es evidente, proviene de *bashmak*, zapato; pero no se sabe cuándo, en qué momento y de qué forma se produjo esa derivación. El padre, el abuelo y hasta el cuñado, así como todos los Bashmachkin sin excepción, habían llevado siempre botas, a las que mandaban poner medias suelas dos o tres veces al año. Se llamaba Akaki Akákievich. Es probable que el lector encuentre ese nombre un tanto extraño y rebuscado, pero puedo asegurar que no se lo pusieron aposta; fueron las mismas circunstancias las que hicieron imposible darle otro. Esto fue lo que sucedió: Akaki Akákievich nació, si no me falla la memoria, la noche del 22 al 23 de marzo. Su difunta madre, esposa de un funcionario y mujer de gran corazón, tomó las disposiciones oportunas para que su hijo fuera bautizado como era menester. Desde la cama en que guardaba reposo, situada enfrente de la puerta, convocó a su diestra al padrino, Iván Ivánovich Yerohskin, hombre excelente, jefe de oficina en el Senado, y a la madrina, Arina

Semiónovna Belobriúshkova, casada con un agente de policía y mujer de raras virtudes. Ambos dieron a elegir a la parturienta entre estos tres nombres: Mokkia, Sossia y el del mártir Josdasat. «De ninguna manera —se dijo la difunta—. Vaya unos nombres.» Con intención de complacerla, abrieron el almanaque por otro lugar y leyeron estos otros tres nombres: Trifili, Dula y Barajasi. «¡Qué castigo! —farfulló la madre—. ¡De dónde habrán salido esos nombres! ¡De verdad que no los he oído en mi vida! Baradat y Baruj todavía pueden pasar, pero ¡Trifili y Barajasi!» Volvieron otra página y se encontraron con Pavsikaji y Vajtisi. «Vaya, parece cosa del destino —dijo la madre—. En ese caso, será mejor que lleve el nombre de su padre. Si Akaki se llamaba el padre, Akaki se llamará el hijo.» Esa es la razón de que le pusieran Akaki Akákievich. Bautizaron al niño, que se pasó la ceremonia llorando y haciendo muecas, como si presintiera que un día sería consejero titular. En resumidas cuentas, así fue como sucedieron las cosas. Hemos sacado a colación esos detalles para que el lector se convenza de que todo lo dictó la necesidad y de que no habría sido posible darle otro nombre. Nadie recordaba cuándo y cómo entró en el departamento y quién lo había recomendado. Por más que cambiaran los directores y jefes de sección, él seguía en su puesto, en idéntica actitud, ocupado de sus mismas tareas de copista, de modo que, con el paso del tiempo, la gente llegó a convencerse de que había venido al mundo de ese jaez, con uniforme y entradas en la frente. En el departamento nadie le respetaba. Los ordenan-



zas no solo no se levantaban a su paso, sino que le prestaban tan poca atención como al vuelo de una mosca. Sus superiores le trataban con frialdad despótica. Cualquier ayudante de jefe de despacho le arrojaba los papeles debajo de la nariz sin molestarse en decirle siquiera: «Cópielos» o «Aquí tiene un asunto de lo más interesante» o alguna otra fórmula de cortesía, como corresponde a empleados bien educados. Sin fijarse en la persona que se los entregaba ni pararse a considerar si tenía derecho a encomendarle esa tarea, Akaki Akákievich se quedaba mirando un momento los papeles y a continuación se ponía manos a la obra. Los funcionarios jóvenes se burlaban de él y hacían bromas a su costa, dando rienda suelta a su ingenio oficinesco. Contaban en su presencia distintas historias que le concernían; decían que su patrona, una anciana de setenta años, le pegaba; le preguntaban cuándo se casaría con ella y arrojaban sobre su cabeza trocitos de papel, afirmando que eran copos de nieve. Pero Akaki Akákievich no decía ni palabra, como si delante de él no hubiera nadie. Ni siquiera conseguían distraerlo de sus ocupaciones, hasta el punto de que, a pesar de todas esas molestias, no cometía ni un solo error. Solo cuando las bromas iban demasiado lejos, cuando le daban un golpe en el codo y le impedían proseguir con su labor, exclamaba: «¡Dejadme! ¿Por qué me ofendéis?». Y había algo extraño en sus palabras y en el tono de voz con que las pronunciaba, algo que inducía a la compasión, de suerte que un joven que acababa de ingresar en el servicio y que, siguiendo el ejemplo de sus compa-

ñeros, se había permitido gastarle una broma, se detuvo de pronto, como petrificado. Desde entonces todo pareció mudar y cambiar de aspecto a su alrededor. Una fuerza sobrenatural le apartó de sus compañeros, a quienes había considerado personas educadas y respetables. Y durante mucho tiempo, en los momentos de mayor alegría, se le aparecía la imagen de ese pequeño funcionario, con entradas en la frente, y oía sus penetrantes palabras: «¡Dejadme! ¿Por qué me ofendéis?», en las que resonaban estas otras: «¡Soy tu hermano!». Entonces, el desdichado joven se tapaba la cara con la mano. Y más de una vez, a lo largo de su vida, se estremeció al comprobar cuánta inhumanidad hay en el hombre, cuánta grosera ferocidad se oculta en los modales más refinados e irreprochables, incluso, ¡Dios mío!, en personas con fama de honradas y nobles...

Resultaría difícil encontrar a otra persona tan apegada a su trabajo. Sería poco decir que atendía con celo sus obligaciones. No, lo hacía con amor. Esa labor de copia le ponía delante de los ojos un mundo fascinante y siempre distinto. En su rostro se reflejaba el placer que experimentaba. Tenía algunas letras favoritas y, cuando se topaba con una de ellas, no cabía en sí de gozo: sonreía, parpadeaba y removía los labios como para ayudarse, de manera que casi podía leerse en su semblante cada letra que trazaba su pluma. Si hubieran recompensado su celo como correspondía, probablemente habría acabado convirtiéndose, para su propia sorpresa, en consejero de Estado. Pero, como decían los guasones de

sus compañeros, en lugar de lucir una condecoración en el ojal, había acabado con hemorroides. En cualquier caso, sería exagerado decir que nadie había reparado en sus méritos. Un director, hombre bondadoso, deseando premiarle por sus largos años de servicio, ordenó que le encomendasen alguna labor más importante que su acostumbrada tarea de copia. Se trataba de reelaborar un documento ya preparado y enviarlo a otro departamento. Lo único que tenía que hacer era cambiar el encabezamiento y pasar algunos verbos de la primera a la tercera persona. Pero le costó

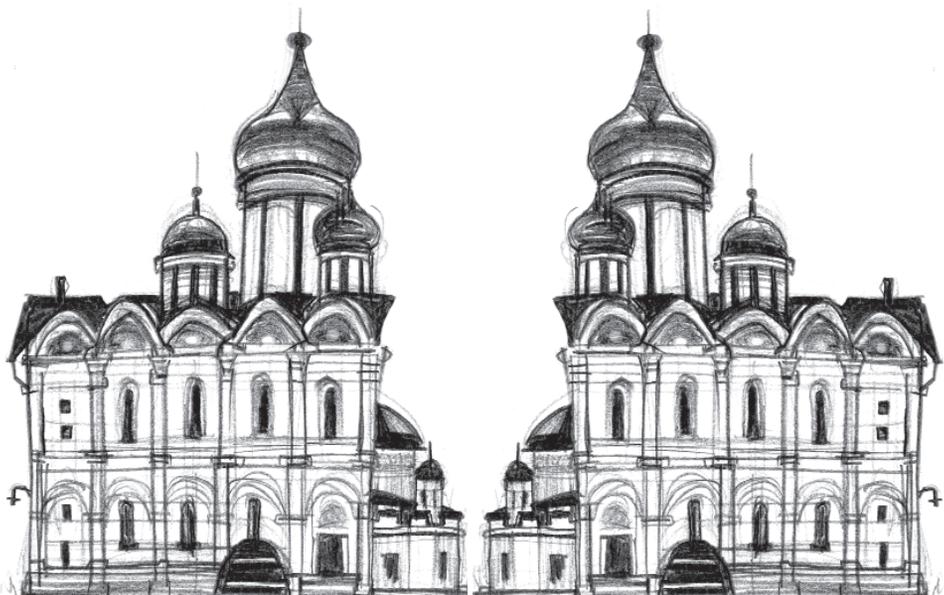


tanto trabajo que quedó empapado en sudor; al final, después de mucho enjugarse la frente, terminó diciendo: «No, es mejor que me den algo para copiar». Desde entonces no le encargaron otra cosa. Parecía como si, fuera de esa labor, no existiese nada para él en el mundo. No se preocupaba lo más mínimo de su indumentaria. Su uniforme ya no era verde, sino de una tonalidad entre rojiza y harinosa. Gastaba un cuello estrecho y bajo, de tal manera que el pescuezo, a pesar de que era corto, sobresalía y parecía inusitadamente largo, como el de esos gatos de escayola y cabeza flexible que portan por docenas esos pretendidos buhoneros extranjeros. Y siempre llevaba algo pegado a la levita, una brizna de heno o una hilacha; además, tenía una habilidad especial para pasar por debajo de una ventana en el preciso instante en que arrojaban cualquier inmundicia; en suma, siempre lucía en el sombrero una cáscara de melón o de sandía o alguna otra porquería por el estilo. Ni una sola vez en su vida prestó a atención al ajeteo diario de las calles, espectáculo que tanto atraía a sus jóvenes colegas, capaces de reparar, con su mirada penetrante y atrevida, en un transeúnte con la trabilla descosida, aunque fuera por la acera de enfrente, novedad que siempre acogían con una sonrisa maliciosa en los labios.

Pero suponiendo que Akaki Akákievich posara su vista en algún objeto, no veía más que los renglones escritos con su caligrafía precisa y regular; solo cuando un caballo le ponía de pronto el hocico en el hombro y le echaba una nube de vaho en la

cara, se daba cuenta de que estaba en medio de la calle, no en mitad de una línea. Al llegar a casa, se sentaba en seguida a la mesa, engullía a toda prisa su sopa de col y una porción de carne de vaca con cebolla, sin reparar en su sabor, tragándose las moscas y todos los aditamentos que Dios tenía a bien añadir, según la estación. Cuando notaba que tenía el estómago lleno, se levantaba de la mesa, echaba mano de un tintero y se ponía a copiar unos papeles que se había llevado de la oficina. En caso de que no tuviera trabajo, hacía copias por mero placer, mostrando una marcada preferencia por los documentos que se distinguían no por la belleza de su estilo, sino por estar dirigidos a algún personaje importante o recién nombrado.

Cuando el cielo gris de San Petersburgo se oscurece por completo y toda la ralea oficinesca se ha llenado el estómago, cada



cual según sus medios y gustos particulares; cuando todos descansan ya del trajín de los despachos, con su crujir de plumas, idas y venidas, acuciantes ocupaciones propias y ajenas y cuantas obligaciones se impone a veces un trabajador infatigable, en ocasiones sin necesidad; cuando consagran al placer el resto del día —unos, los más emprendedores, asistiendo al teatro; otros, saliendo a la calle para contemplar ciertos sombreritos; otros, acudiendo a una velada para prodigar cumplidos a una bonita muchacha, estrella de un pequeño círculo de empleados; otros, y estos son los más numerosos, encaminándose a casa de un compañero, que vive en un tercero o un cuarto piso, en dos pequeñas habitaciones con vestíbulo o cocina, en las que destaca una lámpara o algún otro objeto que denota cierto prurito de modernidad, comprado a costa de grandes sacrificios y renunciadas a cenas y excursiones—. En definitiva, incluso en esas horas en que todos los funcionarios se dispersan por los minúsculos alojamientos de sus amigos para echar una ruidosa partida de *whist* y tomar unos cuantos vasos de té acompañados de galletas de a kopek, al tiempo que dan chupadas a sus largas pipas y cuentan, mientras reparten, algún chisme relativo a la alta sociedad, actividad a la que ningún ruso, sea cual sea su condición, puede renunciar, o, a falta de otro tema mejor, repiten la consabida anécdota del comandante a quien vinieron a decirle que alguien había cortado la cola al caballo de la estatua de Pedro el Grande, obra de Falconet; en resumidas cuentas, incluso en esas horas en que todo el mundo procura divertirse, Akaki

Akákievich no se permitía la menor distracción. Nadie podía afirmar que lo había visto nunca en una velada. Una vez aplacado su deseo de escribir, se iba a la cama con una sonrisa en los labios, paladeando por anticipado las alegrías del día siguiente: ¿Qué documentos le confiaría Dios para que copiara? Así transcurría la pacífica existencia de un individuo que, con un sueldo de cuatrocientos rublos al año, se sentía satisfecho de su destino; y es probable que hubiera alcanzado una edad proveya de no estar sembrado de toda suerte de calamidades el camino no solo de los consejeros titulares, sino incluso de los consejeros secretos, efectivos, áulicos y de todo tipo, incluso de aquellos que no dan ni solicitan consejo de nadie.

Un poderoso enemigo acecha en San Petersburgo a todas las personas que reciben más o menos un sueldo de cuatrocientos rublos anuales. Y ese enemigo no es otro que nuestras heladas sep-



tentrionales; aunque, por otro lado, se dice que son muy buenas para la salud. Entre las ocho y las nueve de la mañana, justo cuando las calles se llenan de funcionarios que se dirigen a sus departamentos, el frío arrecia y ataca con tal violencia las narices de todos los transeúntes, del más alto al más bajo, que los pobres empleados no saben dónde meterlas. En esos momentos, cuando hasta a los personajes más encumbrados les duele la frente de frío y se les saltan las lágrimas, los pobres consejeros titulares se encuentran a veces indefensos. La única salvación consiste en arrebujarse en sus ligeros capotes y atravesar lo más rápido posible cinco o seis calles hasta llegar al vestíbulo del ministerio, donde patean el suelo con furor, hasta que se desentumecen todas las capacidades y dones necesarios para el desempeño de sus funciones, que se han helado por el camino. Desde hacía algún tiempo Akaki Akákievich sentía un dolor punzante, sobre todo en los hombros y en la espalda, a pesar de que procuraba recorrer con la mayor celeridad la distancia que separaba su casa del departamento. Al final acabó preguntándose si no sería culpa de su capote. Al llegar a casa, lo examinó con mayor detenimiento y descubrió que en dos o tres lugares, precisamente en la espalda y en los hombros, el paño se había vuelto no menos ligero que una gasa; tan gastado estaba que se veía al trasluz; en cuanto al forro, apenas quedaban trazas. Conviene saber que el capote de Akaki Akákievich también era objeto de las burlas de sus compañeros; hasta le habían privado del noble nombre de capote y lo denominaban bata. En reali-